

DeCi y BeLia
Aprendiendo y concienciando
Narraciones y cuentos.
Abogado del Ruido

CUENTO III:

DeCi y BeLia

En:

“HABLA POR SÍ SOLO”

Se trataba de una actividad extraescolar, comprometida desde principio de curso, y que consistía en la visita al MUSEO ARQUEOLÓGICO. Museo que, aunque de reciente y moderna construcción, incluía en sus innumerable salas, una historia increíble. Si uno miraba en silencio las piezas que allí se exponían hablaban por ellas mismas de formas de vida ya pasadas, de momentos históricos concretos y sobre todo de un pasado real.

BeLia acudía a dicha excursión encantada. Llevaba dos semanas pensando y comentando con su padre el hecho de salir del colegio, y ya tenía elegida a su pareja de viaje, su siempre presente amiga Marina. A todo comentario o pregunta sobre la cuestión su padre, intentando atraer su interés y con el fin de que aprovechara al máximo dicha actividad, siempre le contaba algún dato histórico que seguro tendría algún vestigio en el Museo.

Solo faltaba un día y, estando su padre sentado en el sofá del Salón, BeLia entró y le refirió la excusión. En ese momento su padre le indicó que cogiera del mueble el libro gris que sobresalía en el primer estante y sentándola a su lado le enseñó las fotos de piezas antiguas que allí aparecían. Piezas de todo tipo y forma. Utensilios para comer, conservar la comida, hasta artilugios que se utilizaban para el peinado y aseo de nuestros antepasados.

A BeLia le atraían las piezas más extrañas y de formas más absurdas, dejando de lado y pasando sin mayor detenimiento por otras partidas o rotas que aparecían. Su padre le hizo ver que todas, no solo las que le llamaban la atención, eran importantes, ya que decían y hablaban por sí mismas de las costumbres y formas de vida de aquella época, de hace miles de años. BeLia aguantó unos minutos viendo las fotos pero su interés se encontraba en su habitación y en llamar a su amiga Marina, pues desde hacía cuatro horas, desde la salida del colegio que no se habían hablado. La llamada no se hizo esperar y cogiendo el teléfono ambas comenzaron a hablar de sus cosas y también sobre la divertida e ilusionante excursión al museo. BeLia le comentó a Marina que su padre le había enseñado fotos y le había contado cosas del Museo, resaltándole que sobre todo habría objetos rotos pero antiguos y lo más importante, que dichos objetos hablaban por sí solos de lo vivido por los que los hicieron o utilizaron.

Llegó el gran día. Una vez en el museo no podían de dejar de mirar a un lado y a otro, la visita guiada por parte de los encargados del Museo no sería larga. El grupo de escolares coincidió con los de otros grupos de personas estas adultas y de distintas partes del país. Los monitores intentaban mantener el silencio, respondiendo correctamente los niños a sus indicaciones. No así el grupo de personas adultas que charlaban y reían mientras el guía explicaba, haciendo que la exposición no llegara a los oídos de los chavales y ello a pesar de las advertencias y carteles que inundaban el museo pidiendo silencio.

En un momento determinado BeLia cogida de Marina se detuvo frente a una enorme vasija en la que estaban dibujadas unas figuras que las fascinaron. Sus miradas quedaron fijas en la extraordinaria pieza y BeLia concentró sus sentidos en busca de alguna palabra que pudiera decir o salir de la misma, esperaba que hablara por si sola, tal y como le había comentado su padre. Pero lejos de oír las palabras de dicha pieza,

ambas notaban cómo se hacía cada vez más el silencio. El griterío descendió, y en un segundo desapareció, quedando abstraídas y en total silencio frente a la vasija de dorado y ocre color que reflejaba una luz especial.

Cuando se quisieron dar cuenta, solas quedaron en la enorme sala. El silencio de la estancia chocaba con el griterío anterior y ambas miraron a su alrededor. Vitrinas llenas de figuras y piezas antiguas deterioradas por el transcurso de los años. Tras recorrerles el cuerpo un pequeño escalofrío, corrieron a la gran puerta de salida de la sala, donde encontraron a sus compañeros en la sala contigua y se unieron a ellos de forma apresurada, respirando con alivio.

En el camino de vuelta a colegio no dejaron de hablar de ello. Posteriormente le contó todo a su Madre y cuando llegó su padre a casa, BeLia le repitió palabra por palabra lo que le había acontecido en el Museo y dirigiéndose a su padre de forma seria le dijo: “No es cierto que las piezas y objetos que hay en dicho museo hablen por sí solas, no contaban nada. La mayoría estaban rotas. Yo y Marina hemos intentado escuchar y no hemos oído nada”.

Su padre le explicó que el hecho de que los objetos que habían en el museo hablaran por sí mismos, se refería a que viendo su forma, su composición, el lugar donde se encontraron y todo lo que rodeaba a dichas piezas podemos saber importantes cosas de aquella época antigua y cómo vivían esas personas, pero que por sí solos no hablaban. Y terminó diciendo: “...para eso estaba el guía que iría explicando la procedencia, destino y uso de cada pieza”. Pero BeLia le contestó: “Pues nada oía del guía, porque la gente no paraba de hablar y hacer ruido, la sala retumbaba”.

Su padre dándole un beso, concluyó diciendo: “Pues lo que me dices, habla por sí solo de la falta, que hay hoy en día, de una correcta concienciación y educación sobre las molestias que genera el ruido y que hicieron, en tu caso, que te perdieras la apasionante historia de todas esas piezas del pasado. Ven, cuéntame hija. ¿De qué color era esa vasija?...”